



Antes de evangelizar hay que orar CATEQUESIS SOBRE EL CREDO 7 22 mayo 2013



En el Credo, después de haber profesado la fe en el Espíritu Santo, decimos: "Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica". Hay una conexión profunda entre estas dos realidades de la fe: es el Espíritu Santo, por lo tanto, el que da vida a la Iglesia, guía sus pasos. Sin la presencia y la acción incesante del Espíritu Santo, la Iglesia no podría vivir y no podría cumplir con la tarea que Jesús resucitado le ha confiado, de ir y hacer discípulos a todas las naciones (cf. Mt. 28,18).

Evangelizar es la misión de la Iglesia, no solo de unos pocos, sino la mía, la tuya, nuestra misión. El apóstol Pablo exclamaba: "¡Ay de mí si no predico el Evangelio!" (1 Cor. 9,16). Todo el mundo debe ser evangelizador, ¡sobre todo con la vida! Pablo VI señaló que "evangelizar... es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14).

¿Quién es el verdadero motor de la evangelización en nuestra vida y en la Iglesia? Pablo VI lo escribió con claridad: "Es él, el Espíritu Santo, quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por Él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado." (*ibid.*, 75).

Para evangelizar, entonces, es necesario abrirse de nuevo al horizonte del Espíritu de Dios, sin temer a lo que nos pida y adónde nos lleve. ¡Confíemos en Él! Él nos permitirá vivir y dar testimonio de nuestra fe, e iluminará los corazones de aquellos que nos encontremos. Esta ha sido la experiencia de Pentecostés: a los Apóstoles, reunidos con María en el Cenáculo, "aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos, se llenaron todos de Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse" (Hechos 2,3-4). El Espíritu Santo descendiendo sobre los apóstoles, les hace salir de la sala en la que estaban cerrados por el miedo, los hace salir de sí mismos, y los convierte en anunciadores y testigos de las "maravillas de Dios" (v. 11). Y esta transformación obrada por el Espíritu

Santo se refleja en la multitud que acudió al lugar y que provenía "de todas las naciones que hay bajo el cielo" (v. 5), por lo que todos escuchaban las palabras de los apóstoles, como si fueran dichas en su propia lengua (v. 6).

Este es un primer efecto importante del Espíritu Santo que guía e inspira la proclamación del Evangelio: la unidad, la comunión. En Babel, según la Biblia, había comenzado la dispersión de los pueblos y de la confusión de las lenguas, como resultado de un acto de arrogancia y de orgullo del hombre que quería construir, con sus propias fuerzas, sin Dios, "una ciudad y una torre cuya cúspide llegara al cielo" (Génesis 11,04). En Pentecostés, estas divisiones se superan. No hay más el orgullo hacia Dios, ni el cierre de unos hacia los otros, que es la apertura a Dios; es el salir para anunciar su palabra: un nuevo idioma, el del amor que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones (cf. Rom 5,5); un lenguaje que todos puedan entender y que, acogida, se puede expresar en la vida y en todas las culturas. El lenguaje del Espíritu, el lenguaje del evangelio es el lenguaje de la comunión, que invita a superar la cerrazón y la indiferencia, divisiones y conflictos.

Todos debemos preguntarnos: ¿cómo me dejo guiar por el Espíritu Santo, para que mi vida y mi testimonio de fe sea de unidad y de comunión? ¿Llevo el mensaje de reconciliación y de amor que es el evangelio en los lugares donde yo vivo? A veces parece que se repite hoy lo que sucedió en Babel: divisiones, incapacidad para entenderse entre sí, rivalidad, envidia, egoísmo. ¿Qué debo hacer con mi vida? ¿Creo unidad a mi alrededor? ¿O divido, con el chisme, la crítica, la envidia? ¿Qué hago? Pensemos en esto. Llevar el evangelio es proclamar y vivir primero nosotros la reconciliación, el perdón, la paz, la unidad y el amor que el Espíritu Santo nos da. Recordemos las palabras de Jesús: "En esto conocerán todos que son discípulos míos, si se tienen amor los unos a los otros" (Jn. 13,34-35).

Un segundo elemento: el día de Pentecostés, Pedro, lleno del Espíritu Santo, se pone de pie "con los once" y "en voz alta" (Hechos 2,14), y "con franqueza" (v. 29) anuncia la buena noticia de Jesús, quien dio su vida por nuestra salvación y que Dios

resucitó de entre los muertos. Este es otro efecto del Espíritu Santo: el coraje, para anunciar la noticia del Evangelio de Jesús a todos, con confianza en sí mismo (*parresía*), en voz alta, en todo tiempo y en todo lugar.

Y esto ocurre incluso en la actualidad para la Iglesia y para cada uno de nosotros: por el fuego de Pentecostés, por la acción del Espíritu Santo, se liberan siempre nuevas energías para la misión, nuevas formas para proclamar el mensaje de la salvación, un nuevo valor para evangelizar. ¡No nos cerremos jamás a esta acción! ¡Vivamos con humildad y valentía el evangelio! Somos testigos de la novedad, la esperanza, la alegría que el Señor trae a la vida. Escuchamos en nosotros "la dulce y confortadora alegría de evangelizar" (Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 80). Porque evangelizar, anunciar a Jesús, nos da alegría; por el contrario, el egoísmo nos da amargura, tristeza, nos lleva hacia abajo; evangelizar nos lleva hacia arriba.

Menciono solo un tercer elemento, que es particularmente importante: una nueva evangelización, una Iglesia que evangeliza siempre debe comenzar con la oración, pedir, como los apóstoles en el Cenáculo, el fuego del Espíritu Santo. Solo la relación fiel e intensa con Dios permite salir de la propia cerrazón y anunciar el evangelio con *parresía*. Sin la oración, nuestras acciones se vuelven vacías y nuestro anunciar no tiene alma, y «no «está animado por el Espíritu.

Queridos amigos, como dice Benedicto XVI, la Iglesia de hoy "siente sobre todo el viento del Espíritu Santo que nos ayuda, nos muestra el camino correcto; y así, con nuevo entusiasmo, estamos en camino y agradecemos al Señor" (Palabras a la Asamblea del Sínodo de los Obispos, 27 de octubre de 2012). Renovamos cada día la confianza en el Espíritu Santo, confiando en que Él obra en nosotros, que Él está dentro de nosotros, nos da el fervor apostólico, nos da la paz, nos da la alegría. Dejémonos guiar por Él, somos hombres y mujeres de oración, que dan testimonio del evangelio con valentía, convirtiéndose en nuestro mundo, en instrumentos de la unidad y de la comunión con Dios.